
LA FILOSOFÍA Y LA BIOLOGÍA: POR UNA RELACIÓN MONSTRUOSA

GABRIELA KLIER

Tal vez las preguntas que hacen mella a lo largo de nuestras vidas están más guiadas por acontecimientos o experiencias con otras personas, organismos o paisajes, que sólo por paseos intelectuales. Por esto, frente al interesante desafío que han propuesto desde *Ludus Vitalis*, para la reflexión sobre por qué pensar a las ciencias de la vida desde o junto a las humanidades, comenzaré con un recorrido personal. El punto de partida es simple: me formé como bióloga y me llevó casi una carrera descubrir que las preguntas que me llevaron a estudiar biología no eran biológicas. Cuando decidí seguir una carrera universitaria, opté estudiar por el asunto que creía más relevante: la vida. Ciertamente, esta visión *naif* fue deformándose con el tiempo. Sobre todo cuando cursé zoología y lo que sería el estudio del fascinante mundo de los mamíferos fue la transformación de una rata viva en una rata muerta, abierta en dos. La pregunta por la vida se me fugaba año a año, mientras iban apareciendo otras contradicciones. No fue sino hacia el final de la licenciatura que me encontré con la materia de historia y filosofía de las ciencias, para comprender que la pregunta por lo viviente no era unívoca, que presentaba devenires, encuentros y bifurcaciones en diferentes momentos históricos y que, incluso actualmente, la pregunta estaba en disputa. Y esa disputa era también política. En esta breve nota trataré entonces de abrir ciertas preguntas en torno a la consigna que nos convoca, orientando la reflexión, con el sesgo de mi propio recorrido, sobre algunos de los roles de la filosofía en la biología que considero relevantes.

La pregunta por lo viviente es entonces una pregunta política. Política entendida como vida en la *polis*, relativa al encuentro y la convivencia con otras personas, pero también con otras formas de lo viviente. Y aquí conviene detenernos a echar un vistazo sobre nuestro contexto actual. En términos nietzscheanos, el desierto avanza... en nuestros territorios, el extractivismo también. Habitamos una América Latina que cambia montañas por agujeros megamineros, transformando ríos en soluciones de cianuro, selvas en plantaciones de soja, que luego serán inevitables de-

IIDyPCA (UNRN-CONICET); Grupo de Filosofía de la Biología, Universidad de Buenos Aires, Argentina. / gabrielaklier@gmail.com

siertos. El mar se vacía mediante la pesquería de arrastre, la producción de alimentos se transforma en exportación de *commodities*, a medida que los venenos aumentan en nuestras mesas. Se van transformando los paisajes junto a modos de habitar. En todos estos procesos, el rol de las ciencias no es trivial y mucho menos neutral. Las ciencias naturales, y sobre todo la biología, ocupan un lugar neurálgico en el desarrollo y aplicación de biotecnologías que suponen transformaciones socioambientales profundas. En este contexto, las preguntas filosóficas no pueden escasear y frente a la urgencia —que es urgencia de resistencia, pero también urgencia de producción en un neoliberalismo ansioso— detenerse a pensar también es resistir. Aquí es donde creo que el rol de la historia y filosofía de las ciencias encuentran un sentido político y central. En estas reflexiones se vuelve a la pregunta por la vida, de la mano de las humanidades y también de otros movimientos sociales. ¿Qué es la naturaleza? ¿Cómo se conceptualiza y estudia lo viviente? ¿Qué valoraciones están en juego? Las preguntas fundacionales de la filosofía se reactualizan en el asentamiento de una cosmovisión que encuentra en la naturaleza un almacén para la extracción de recursos o bien un sitio “prístino”, liberado de humanos, para su conservación. Para ir más allá de estas opciones binarias, la bióloga y filósofa Donna Haraway (1999), propone que la naturaleza es justamente un *topos*, un lugar común que se dirime según intereses comunes. Ese lugar común es el que está actualmente en disputa, de modo que las búsquedas teóricas y prácticas por otras concepciones de lo vivo y otras formas de habitar aparecen como elementos de importante integración para una formación en ciencias, que en la mayor parte de los casos reproduce el discurso de neutralidad ética y política. En esta formación, aún sigue siendo norma la pretensión de aproximarnos a una “naturaleza universal”, desde una “mera” representación, siempre mediada por científicos y sus métodos. Volviendo a la rata muerta, la cosmovisión hegemónica de las ciencias naturales modernas, de una naturaleza-máquina o naturaleza muerta (y desencantada), siguen siendo performativas en un mundo cada vez más mercantilizado y reificado. De aquí que las preguntas filosóficas al seno de la biología tal vez puedan ayudar a una construcción colectiva de otros modos de entender y habitar ese *topos*.

La pregunta crítica por las ciencias también supone reacción. No se trata sólo de un análisis teórico sobre roles, teorías o relaciones disciplinares, sino de buscar participar en la construcción de una ciencia que cuestione y se cuestione. La pregunta por la naturaleza inevitablemente se entrecruza con otras preguntas, ¿Ciencias para qué? ¿Ciencias para quiénes? Estos interrogantes se posicionan en el centro de diferentes corrientes epistemológicas (por ejemplo, Shiva, 1988; Funtowicz y Ravetz, 1993; Plumwood, 1993; Harding, 1996; Kusch, 2007; Leyva, et al., 2015). En particular, la reflexión sobre el rol de las ciencias en problemáticas socioambientales se ha

vuelto un elemento central para abordar y cuestionar la construcción de conocimiento. En estas preguntas se intercalan dimensiones éticas, epistemológicas, ontológicas y políticas, buscando, en muchos casos, revisar la jerarquización *a priori* de conocimiento científico, así como poner a las ciencias en diálogo con otros saberes, acallados en la historia de la colonia. Aparece aquí también el propósito de situar a las ciencias en una sociedad dada, buscando reconocer cuáles son los efectos de las prácticas y teorías científicas y reflexionar sobre cuáles son las problemáticas que deberían abordar los científicos, que respondan a intereses no sólo gnoseológicos.

Ahora bien, ciertamente no sólo las ciencias naturales son un campo de saber problemático, sino que aparece el interrogante por nuestras propias prácticas. ¿Filosofía para qué y para quiénes? Considero que uno de los grandes desafíos que tenemos por delante es encontrar modos en los cuales nuestras elaboraciones permeen el ámbito de las ciencias para entablar diálogos y encuentros, con el ámbito científico y también con otros sectores de la sociedad. Aquí no se tratará de “bajar lineamientos”, sino justamente de generar espacios de co-construcción. Espacios que nos permitan comprender la complejidad de las ciencias y los problemas que desde allí se plantean, reconociendo qué se está problematizando para buscar soluciones conjuntas. En este sentido, creo que es crucial una filosofía, historia y teorías sociales de las ciencias que trabajen en conjunto con los científicos naturales, para no abstraer la figura del/la científico/a, enriqueciendo nuestros análisis, y también contribuyendo a los debates de una ciencia crítica. En otras palabras, buscar tender puentes en —la ya criticada— separación entre humanidades y ciencias naturales. Puentes para re-situar nuestras investigaciones, para pensar desde dónde hablamos, para quién investigamos y por qué. En estos puentes, ciertamente también debemos encontrar lenguajes-puente, salir de la hiperespecialización (que ocurre tanto en las ciencias naturales como en la filosofía de las ciencias) para desarrollar conocimiento que pueda ser revisado por científicos naturales, y también que permita el ingreso de otros sectores de la sociedad en controversias que nos involucran desde diferentes ámbitos.

Volviendo a Haraway (2015), la autora plantea que frente a las crisis socioambientales del siglo XXI, debemos encontrar modos “monstruosos”, que comprendan lo ambiental más allá del dualismo moderno naturaleza-cultura, que reconozcan los sitios de enunciación y construyan respuestas colectivas. En estos tiempos críticos, en los que se multiplican los refugiados, tendremos que construir nuevos refugios. En nuestros campos tenemos herramientas que pueden contribuir a generar otros modos de conocer y de intervenir en diferentes problemáticas. En este sentido, vale reafirmar el carácter práctico del saber para reconocer los efectos que generan nuestros discursos y también para desplegar estrategias en dicha

construcción. Aquí se tratará también de encontrar aliados y armar otros lazos entre la academia y diferentes espacios sociales.

Por último, aprovecho este espacio para felicitar a *Ludus Vitalis* por estos veinticinco años de trayectoria y por seguir dando lugar a fugas, a estos espacios que permiten otros diálogos académicos y abren preguntas sin respuestas unívocas y que proponen otros modos de compartir.

BIBLIOGRAFÍA

- Funtowicz, S.O. y Ravetz, J. R. (1993), "Science for the post-normal age", *Futures* 25(7): 739-755.
- Haraway, D. (1999), "La promesa de los monstruos: una política regenerados para otros inapropiados", *Política y Sociedad* 30: 121-163.
- Haraway, D. (2015), "Anthropocene, Capitalocene, Plantationocene, Chthulucene: Making Kin", *Environmental Humanities* 6: 159-165
- Harding, S. (1996), *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Kusch, R. (2007), *Geocultura del hombre americano*, Rosario: Fundación Ross.
- Leyva, X., Alonso, R., Hernandez, A., Escobar, A., Kohler, A., Cumes, A., et al. (2015), *Prácticas otras de conocimiento(s): Entre crisis, entre guerras*. Chiapas: Cooperativa editorial Retos.
- Plumwood, V. (1993), *Feminism and the Mastery of Nature*. Londres: Routledge.
- Shiva, V. (1988), "Reductionist science as epistemological violence". Disponible en: <http://archive.unu.edu/unupress/unupbooks/uu05se/uu05se0i.htm>.